



PRETEXTO PARA UNA INTERPRETACION

Angel Merino

Luis Araquistain. Sobre la guerra civil y en la emigración.

Edición y estudio preliminar de Javier Tusell.

Ed. Espasa-Calpe. Colecciones Austral.

Madrid, 1983.

Pocas veces se encuentra uno, en los resúmenes históricos que ahora se han puesto de moda —la televisión es una prueba— de la década española de los treinta, la II República y la Guerra Civil, con alusiones a don Luis Araquistain, si no es para presentarle como el instigador de las posturas revolucionarias adopta-

das por Largo Caballero. Sin embargo, aunque se conozcan muy bien los acontecimientos, mal se puede llegar a comprenderlos sin recurrir a los análisis de Araquistain, o sin enfocar los análisis propios desde sus mismos puntos de vista. Fue Araquistain un gran erudito y polemista temible —polemista iracundo, con frecuencia—, pero fue, además, un riguroso analista del acontecer. En aquella década, y se puede afirmar que en los años siguientes, hasta su muerte, los comentarios y las posturas políticas de Araquistain eran incómodos. Sus textos continúan incomodando en el presente. Se saca a la luz, con gran despliegue, páginas y discursos de Azaña. Se airean algunos —no todos, por supuesto— de Indalecio Prieto. Se pasa de puntillas sobre los de Araquistain que, a diferencia de los otros, nos ponen cara a cara con la realidad, precisamente con la realidad actual que, guste o no, y

por muchos esfuerzos que se haga para ocultarlo, conserva los elementos históricos que forjaron aquella, tan lúcida-mente expuesta por el discutido escritor.

Javier Tusell selecciona en su libro una serie de textos de Araquistain, algunos publicados en forma de folleto, con los cuales, según el compilador, se puede seguir la evolución de su pensamiento. La elección es acertada. Sirve al fin propuesto. Pero Tusell no se limita a publicar los textos. Los presenta precedidos de un amplio estudio sobre la personalidad y la obra de Araquistain, documentado cuidadosamente con cartas, artículos y otros textos del volumen. Nada hay que objetar al estudio, redactado con indudable respeto y probidad intelectual. Desde las primeras páginas de su estudio, el autor ofrece una imagen bastante aproximada a la real del escritor-periodista, conocedor

del marxismo, aunque no un «teórico marxista», como se le ha considerado por parte de algunos. No creo que don Luis pretendiera nunca ser un «teórico». Su posterior reconocimiento de que, durante la etapa de la República, ni él ni los socialistas españoles habíamos aportado nada a las teorías de Marx, no puede interpretarse sino como la constatación de que lo único que se hizo, a falta de un cuerpo de doctrina propio adecuado para afrontar las circunstancias, fue utilizar los textos de Lenin, según puede comprobarse en la colección de *Leviatán*. Pero de ahí a estimar sus frases alusivas como un «arrepentimiento radical respecto a su posición del pasado» hay mucho trecho.

Es lógico que Araquistain, y otros muchos con él, se preguntaran en el exilio si habían obrado acertadamente, es decir, si en aquel momento histórico las circunstancias permitían otro comportamiento. No se puede excluir la duda. Es poco probable, empero, que quien se consideraba un marxista que escribía ensayos de historia contemporánea «en esta gran cátedra y archivo de la historia que es el periodismo moderno», y había afirmado que «la historia nunca pasa del todo» (*Cuadernos*, n.º 35, marzo-abril 1959), meses antes de su muerte se arrepintiera de haber adoptado las posiciones políticas que deducía de sus análisis de la realidad que estaba viviendo y que esta realidad, no su voluntad, determinaba.

Las citas del «Estudio preliminar» y los textos del libro, además de cronológicamente, parecen ordenados en función de una supuesta trayectoria de Araquistain desde el radicalismo revolucionario hasta la

moderación. La palabra moderación me causa siempre hondos recelos. Muchos más referida a Araquistain. O es una simpleza que no quiere decir nada, o significa mucho. Aplicada a un marxista carece de sentido. O bien, de entender que el sujeto ha renunciado a su pensamiento anterior, el método analítico con que examinaba la realidad, y ha adoptado los puntos de vista de los ideólogos del sistema que había combatido. En el caso de Araquistain, para quien «el marxismo es la filosofía hasta ahora más inteligente de la realidad histórica» (pág. 319), el calificativo «moderado» es una palabra vacía. Parece lógico que Javier Tusell, entre las posiciones revolucionarias de *Leviatán* desde su aparición, y las que mantiene Araquistain en su discurso ante el VII Congreso del PSOE en el exilio, descubra una evolución que termina en la «moderación». Si se renuncia a «determinar la ortodoxia marxista de Araquistain en sus textos de *Leviatán*», porque es una «cuestión demasiado complicada» (pág. 20), no es fácil comprender que el contenido de dicho discurso, fundado en un análisis frío de la «realidad histórica», no es ni más ni menos que realista. Marxista y realista —no se puede ser marxista sin ser realista— es Araquistain cuando, refiriéndose a su interpretación del marxismo en los años de la República, dice: «Hicimos una mística proletaria de él que aspiraba a ser una ciencia y eso fue acaso necesario en la fase de atraso técnico de España, como lo ha sido en Rusia...», es decir, hicimos la interpretación que procedía en aquel momento. Pero el marxismo es «una hipótesis de trabajo, como una luz que alumbra la realidad en que todos nos movemos intuitiva-

mente» (pág. 118), o sea, un método de análisis que en cada circunstancia permite proponer la solución correspondiente, revolucionaria o no, pero siempre realista.

Sin duda se puede advertir, siguiendo los textos de Araquistain, no sólo los publicados en folletos, sus cartas, sino, sobre todo, sus numerosísimos artículos, cambios de posición, rectificaciones y contradicciones. Como en el pensamiento de cuantos vivimos los años de la República y continuamos observando el acontecer nacional e internacional —el nacional en el marco del internacional, como aparece en los análisis de Araquistain, de acuerdo con el método marxista que él utilizaba. Mas no por ello cabe deducir que Araquistain se convirtiera a la democracia tras la experiencia de la tiranía comunista padecida en España durante la guerra. Sencillamente porque antes de soportar en carne propia los efectos del estalinismo, Araquistain los conocía y condenaba el sistema dictatorial y dogmático impuesto por Stalin, en rigor, la farsa con que Stalin había sustituido al marxismo. No es el suyo, como el de tantos socialistas, un anticomunismo visceral, sino producto del conocimiento que ya entonces se tenía de la realidad del régimen soviético y que después se ha presentado como un descubrimiento novísimo. Los únicos sorprendidos por el pacto Molotov-Ribbentrop fueron los comunistas, Araquistain lo había previsto, y con él muchos socialistas exiliados.

Si no aportamos nada al marxismo durante los años de la República, pudimos al menos estudiarlo y aprender a servirnos de él como método de análisis. No hay conversio-

nes en Araquistain, no es hoy moderado cuando ayer era revolucionario. Araquistain se sitúa siempre en un punto de vista que le permite analizar el momento político en una perspectiva histórica. Pero, como es lógico, para comprender esto, que aparece claramente para un marxista en todos sus textos, es preciso no retroceder ante la «complicación» del marxismo. También es lógico que en la actualidad, cuando se elude tanto la fundamentación teórica de las actitudes políticas como la perspectiva histórica, se huya de los textos de Araquistain y, en cambio, se recurra a otros que resaltan «la anécdota en el fondo insustancial» (pág. 12), feliz comparación de Tusell, para justificar posiciones que ni siquiera son heterodoxas.

LOS PRIMEROS SOCIALISTAS

Mariví Rodilla

Sarane Alexandrian.
El socialismo romántico.
Editorial Laia.
Barcelona, 1983.

Alexandrian consigue en la obra *El socialismo romántico* realizar un estudio profundo, sin prejuicios y ampliamente documentado sobre esa corriente de pensamiento que se ha venido conociendo comúnmente con el nombre de socialismo utópico.

Precisamente, el objetivo principal que guía la investigación del autor estriba en intentar desterrar toda una serie de interpretaciones y opiniones, falsas según él, que du-

rante muchos años han prevalecido a la hora de juzgar a autores como Saint-Simon, Fourier, Enfantin, Flora Tristan, etc... y que han hecho de ellos unos idealistas incapaces de concebir otra cosa que no fueran sueños imposibles de plasmar en la realidad.

La primera afirmación de Alexandrian desdice el calificativo que los ha envuelto siempre como una sombra acusadora: «Los socialistas románticos (como él prefiere denominarlos) no son unos utópicos». Hombres como Saint-Simon o Fourier, poseedores ambos de una genial amplitud de miras, no fueron unos soñadores sino unos reformadores, aunque en ocasiones anunciaran realidades en forma de predicciones o parábolas. Si se les ha considerado utópicos es porque sus objetivos audaces y sus insólitos proyectos, en apariencia a cien años luz de la realidad en que se planteaban, se adelantaban a ella en más de un siglo. Sus pretendidas extravagancias no serían otra cosa que intentos preclaros de ocuparse del «hombre total» con lo que este hombre tiene de poco razonable. Porque el socialismo es una idea romántica. El mismo desafío a la autoridad que impregnaba el romanticismo literario fue el que animó a los reformadores políticos y religiosos que fueron los socialistas románticos y el que estuvo presente en todas sus actividades e ideas: desde su forma de vestir, en ocasiones discordante y sobre todo provocativa, hasta las conspiraciones en las que Blanqui o Barbès eran capaces de jugarse la vida.

El socialismo romántico, localizado principalmente en Francia, evoluciona en forma continua desde 1803, fecha del primer escrito de Saint-

Simon, hasta 1848, año en que cae la monarquía parlamentaria de Luis Felipe. Aunque poseedores de métodos diferentes, los socialistas románticos sí que tuvieron unas directrices de acción que fueron comunes a todos ellos. La principal de ellas parte de la idea de que todo sistema que debe ser impuesto por la fuerza es falso; a partir de esta consideración, fueron contrarios a un cambio violento de la sociedad y a las revoluciones sangrientas como forma de implantación de ideas. Contrarios, también, al planteamiento de la lucha de clases, abogan por la unión de clases como única forma de desembocar en una nivelación total y definitiva de la sociedad. Otra de sus ideas en común se refería a algo que aún provoca posturas encontradas; los socialistas románticos combatieron fervientemente el miserabilismo, para ellos la cuestión no estaba en una igualdad en la pobreza sino en un enriquecimiento de los pobres sin un empobrecimiento de los ricos.

Pocos fueron los problemas inmediatos que los socialistas románticos dejaron de tratar de solucionar; de hecho, uno de los intentos de Alexandrian consiste en la demostración de hasta qué punto la filosofía social moderna deriva fundamentalmente del socialismo romántico, de sus reflexiones sobre temas tan marcados, como la organización del trabajo, la ciudad y el campo (Fourier fue, tal y como reconoció Engels en el *Anti-Dühring*, el primero en abolir la antinomia entre la ciudad y el campo), la destrucción del medio ambiente, la dietética, las crisis de producción del capitalismo, la discriminación de la mujer, etc... Sin embargo, no se limitaron a intentar solucionar problemas concre-